

ilustración y talento necesarias para elevarme á las altas esferas de las ciencias abstractas invadidas por la literatura, me limito á caminar prosaicamente por el sendero llano de la literatura recreativa, sin achaques científicos, ajenos á ella, ni dejos de negros realismos, y os digo: No leáis esto, hombres, que pertenece al género que con desdén llamáis *inocente*.

En cambio, ellas pueden encontrar en esta colección de novelitas y cuentos, que con el alma les ofrezco, agradable distracción, útil recreo, y la seguridad de que con su lectura darán á sus hijas alguna enseñanza de provecho sin perturbar sus dulces sueños de adolescentes.

Que la acojáis vosotras con cariño es el único anhelo de

LA AUTORA



HISTORIA DE UNA COQUETA

CARTAS Á UNA AMIGA

I

Querida amiga: Hoy es un gran día para mí. He cumplido diez y seis años, y he arrastrado por primera vez la cola de un elegante vestido. Soy feliz, Julia; la vida se me ofrece bella como un inmenso verjel; el presente rodeado de dicha; el porvenir me brinda venturas sin cuento, goces, bailes, saraos y cien y cien conquistas. El placer inunda mi alma, amiga mía; la felicidad lo cubre todo á mi vista del rosado color de la alegría, y he querido escribirte hoy mismo para expresarte mis im-



presiones, para que goces conmigo y conozcas los planes que trazo para el porvenir, la divertida vida que me propongo llevar.

Soy rica como sabes, Julia, y con esta buena cualidad, que el mundo tanto aprecia, pienso conseguir cuanto deseo.

En el colegio donde ambas nos hemos educado me han hecho comprender con sus preferencias, á pesar de mi poca aplicación y muchas travesuras, que el dinero vence siempre. Sólo se han fijado en hacerme aprender finos modales, adornos brillantes, y he empleado mis ratos de ocio en preparar mis armas femeniles para cuando me presentara en el gran mundo; en trazar mi línea de conducta para conquistar los corazones cuando del colegio saliera y crearme una corte de la que yo seré reina.

Ese día tan deseado ha llegado por fin, Julia mía. He salido de mi reclusión, y mi padre, que es tan amigo del bullicio y del placer como yo, me arrojará bien pronto en el seno del gran mundo, que con su lujo me fascina y con su distinción me atrae. Esta noche, mi querida amiga, será la más dichosa de mi vida; esta noche me presentan en el centro del buen gusto á ese mundo elegante de que te acabo de hablar; soy bella, y los jóvenes se disputarán mis favores. ¡Cuánto voy á gozar!

Pero reparo que el placer me enloquece y divago continuamente, sin entrar en materia, como diría un novelista; es decir, sin darte á conocer mi famoso

plan, aunque en verdad en dos palabras te lo puedo explicar. Usar de todos mis encantos para enloquecer á cuantos me admiren; divertirme un día con cada adorador; admitir las galanterías de todos y pagarles con sonrisas y miradas; cubrirme de regio lujo para deslumbrar cuando en un salón me presente; divertirme, en fin, y gozar: he aquí mi programa.

Sí, anhelo verme rodeada de una corte de jóvenes distinguidos; recibir sus obsequios; sentirme halagada por sus palabras de amor, de lisonjero entusiasmo; tenerlos á todos á mis pies y levantarme sobre ellos altiva, indiferente: esta es mi bella ilusión, mi sueño, mi delirio.

Te seguiré escribiendo, amiga mía, y te enteraré de mis triunfos, de mis amoríos, de mis placeres, de cuanto me ocurra en la nueva vida á que me voy á arrojar, en la brillante sociedad que me abre sus puertas.

No sé si te parecerán bien mis ideas y mis planes, ¡eres muy formall!; pero yo no dejaré de serlo por esto. ¡Es tan natural el deseo de agradar en la mujer! Obran así tantas, que nada importa una más ó menos en el inmenso grupo de..., iba á decir de las coquetas; mas yo no lo seré aunque realice mis ilusiones. Soy bella y rica, y nada tiene de extraño que quiera gozar, dejando á un lado vanos escrúpulos.

Te quiere siempre tu amiga

CAROLINA

II

Julia mía: Tu carta me ha hecho el efecto de un sermón de Cuaresma. ¡Qué de reflexiones! ¡Qué de tristes augurios! Me aseguras que seré muy desgraciada. Al leer esto no he podido menos de reirme. ¡Soy tan dichosa!.. Si pudieras tú adivinar todo lo que gozo, guardarías tus terroríficas frases para más oportuna ocasión. Te advierto que si continúan tus sermones, cesaré de escribirte.

Pero ahora escucha, y comprenderás los placeres de esta vida de emociones.

Dos meses hace nada más, mi querida amiga, que me arrojé al bullicio del mundo, como dicen los poetas; y en este tiempo, que ha pasado volando, he visto realizados todos mis sueños, todas mis aspiraciones. Las mujeres envidian mi belleza, mi elegancia; los hombres adoran mis encantos; los jóvenes más distinguidos me ofrecen su amor. Yo á todos sonrío, para cada uno tengo una frase de afecto que aviva su pasión; recibo, ebria de ventura, las galanterías de mi corte, y pago á unos con un apretón de manos, á otros con una mirada significativa.

Por las mañanas mi habitación se llena de elegantes ramos de flores, regalos de mis adoradores; por las noches escucho la música de sus dulces frases, no menos floridas que sus ramos de la mañana. Mi nombre se pronuncia en todos los círculos; esto me ha-

laga, porque veo que mi presencia ha causado una revolución en el gran mundo. Ellas me acusan, me llaman coqueta; ellos me defienden con calor, y yo me río de todos y me divierto viendo la agitación de unas y de otros cuando en un salón me presento.

Un día se me ocurrió pagar la constancia y la vehemente pasión del vizconde de C... Acepté su amor, le hice creer que le correspondía, y el pobre joven se creyó feliz; pero á los ocho días ya me molestaba su compañía y le dije sencillamente que me cansaba su amor. Se desesperó y ha huído de mí llamándome tirana; creo que se ha ido á América; no sé, me es igual.

Admití luego como mi pretendiente oficial á un joven millonario; me cansó como el otro, y concluí lo mismo.

Después..., mas si te los fuera á enumerar todos, la lista sería interminable. Sólo te diré que últimamente tomé por caballero al marqués de M..., hombre enérgico, valiente y de arrogante figura. Éste no huyó de mi lado como el otro; por el contrario, cuando lo desdeñé me prometió que mataría á cuantos tuvieran relaciones conmigo; tal amenaza en vez de aterrarme me ha llenado de placer; un duelo acabaría de dar fama á mi nombre. ¿Qué mujer elegante no tiene adoradores que por ella se batan? ¿Qué hermosura no ha causado un duelo?

Ahora admito las galanterías de todos; como antes te he dicho, á ninguno prefiero; me divierto más así.

Te ruego que suprimas tus reflexiones; soy muy feliz y no pienso variar de método. Ya sabes que desde que éramos niñas, mi constante ambición ha sido el lujo, las conquistas, los placeres del salón. Hoy que veo cumplido mi afán, no quiero renunciar á lo que ha sido el sueño de mi vida entera.

Dices que la que juega con el fuego al fin se quema. ¿Quién piensa en eso? Yo no me quemaré, porque he cubierto mi corazón con una coraza de acero. De todos modos, resérveme lo que quiera el porvenir, al menos tendré la gloria de haber dominado á ese sexo que llaman fuerte.

Adiós, mi bella misionera; te quiere tu amiga

CAROLINA

III

Mi querida Julia: Te anuncio desde luego que esta es la última carta que recibes mía. Aseguras que te es imposible contestarme sin refutar mis erróneas ideas, y yo te declaro que no puedo, que no quiero tener otras, y que no me agradan tus graves reflexiones. Cesó por lo tanto de escribirte; pero ya que esta es la última carta que te dirijo, me confiaré á ti, como siempre, y te contaré lo que me ha pasado.

El marqués de M..., mi furibundo adorador, me seguía haciendo la corte como tantos otros; me dió el capricho de continuar despreciándolo y mirar con benevolencia al baroncito de G..., encantador dandy. Mi

desdeñosa sonrisa expresaba continuamente al marqués el disgusto que su presencia me causaba, y mis miradas afectuosas producían al barón vértigos de dicha. ¡Cuánto me divertí con este juego! Se odiaron al fin, y un día se encontraron frente á frente y chocaron como dos planetas que se tropiezan al girar en rededor del astro rey, del sol; en esta ocasión el sol era yo. Me acusarás de inmodesta, bien lo sé; pero ahora la modestia es mirada como un vicio ridículo. No ser modesta es ser sabia. La mujer modesta es un ente insignificante; así lo he comprendido por las conversaciones que oigo en el gran mundo. Mas dejemos esto y volvamos al asunto.

Ambos jóvenes me ofrecieron al mismo tiempo un hermoso ramo estando una noche en el teatro; yo acepté sonriendo el del barón y miré al marqués con desprecio; oí un rugido de furor que arrojó su garganta y me estremecí, no sé si de miedo ó de alegría; me halagaba que por mi amor se batieran. Concluída la representación me presentaron los dos el brazo al salir del palco; me apoyé en el del barón con marcada deferencia, y dejé al marqués detrás con mi padre. Lo vi palidecer y temblar de cólera; pero seguí impasible. Subí al coche sin dirigirle un saludo.

Cuando el carruaje partió, quedaron juntos mirándose con ira. Pendencia tenemos, dije para mí.

En efecto, al día siguiente todos los periódicos hablaban de un duelo entre dos jóvenes elegantes y títulos ilustres; trataban de la bella que había ocasionado

el fatal lance, y aunque no decían los nombres, las señas eran tan marcadas, que á los tres se nos conocía desde luego. Mi lindo barón había muerto. Dedicué una lágrima á su memoria, é hice un esfuerzo para no llorar más, porque temía ponerme fea.

¿Lo crearás? Creció, como presumía, mi fama y el número de mis adoradores. Todos tenían á gala el rendir hómeneje á aquella cuyos encantos habían ocasionado una catástrofe. ¿Qué te parece de los hombres que tanto blasonan de su sensatez y su cordura? ¿No merecen acaso que los desprecie y los humille como lo hago?

Pero veo que contra mi costumbre me formalizo, y contra mi carácter empiezo á filosofar; sea de esto lo que quiera, lo cierto es que estoy en moda, que era cuanto yo deseaba.

Los hombres me levantan un altar, las mujeres me toleran, y como en mi primera carta, terminaré asegurándote que soy muy feliz.

Adiós. Siento no poder seguir escribiéndote; tus tonterías me lo impiden. De todos modos, te quiere siempre tu invariable

CAROLINA

IV

Julia: Perdóname; compadece á tu pobre amiga, que después de cuatro años de silencio acude de nuevo á ti pidiendo perdón. Olvida lo pasado, amiga mía,

y concédeme el afecto que con tanta razón me retiraste. Si hace cuatro años juré no volverte á escribir porque tus consejos me aburrían, hoy los solicito, hoy los busco, hoy te los pido con la necesidad del hambriento que implora un pedazo de pan. ¡Tal es el poder del tiempo; tal el influjo de los acontecimientos, que cambian por completo nuestras ideas, nuestros gustos, nuestro modo de ser!

Comprendo que desearás saber lo que me ha ocurrido para sufrir un cambio tan radical. ¡Ah, Julia! ¡Que mi soberanía era ficticia y he dejado de ser reina! ¡Que el trono que yo suponía de pórfido y oro era de cristal, y se ha roto en cuanto un hombre, vengador de los demás, lo ha empañado con su aliento! Es, en fin, que tú tenías razón mil veces cuando me asegurabas que el fuego quema al que con él juega. Escogí para distraerme un juguete muy peligroso, y lo he conocido tarde. Como el niño que enreda con un cuchillo de acerada punta, ignorando que puede lastimarse, y al fin se corta, yo he querido jugar con los hombres, sin pensar que ellos ganan siempre, y he sido herida en el corazón de un modo mortal é incurable. Al ver la ceguedad con que corren tras la mujer que los desprecia, y el desdén con que suelen pagar á la que amante les corresponde, quise burlarme de todos y hacerles purgar su delito, olvidando que á nosotras no nos es permitido ni aun el placer de hacer justicia, pues que nos toca perder siempre y por todos estilos.

Hubo uno más audaz, de más profundo talento, y la bella seductora, la que quería humillar al sexo fuerte, fué humillada por él. En cuanto la flecha del amor tocó mi corazón, la victoria fué de ellos. Esto es lógico.

La mujer, á quien Dios ha creado para sentir, para amar, no sirve para luchar contra las puras emociones de un casto amor. Desconociendo esta verdad, busqué la dicha en los placeres de mil triunfos, y el tiempo se ha encargado de demostrarme que ellos, si bien halagan á la vanidad, no satisfacen al corazón, y llega un día en que éste pide algo que lo llene. ¡Infelices de nosotras si este día, obcecadas por el incienso de la adulación, por los perfumes que se respiran en la frívola atmósfera de los salones, le damos la imagen de un hombre indigno de nuestro amor!

Julia, hace cuatro años te aseguraba que era feliz con mis coqueterías, con mis frívolos placeres; hoy te juro que unas y otros me han conducido á la más cruel desventura.

Mi padre no existe; ha muerto de vergüenza al ver manchado su nombre... ¡Ah, si yo hubiera tenido una madre! Ella me hubiese enseñado el camino de la mujer cristiana, me hubiera hecho conocer los encantos de la vida íntima, los goces que se disfrutan entre un esposo idolatrado y la cuna de un ángel que sonrío.

Escucha, Julia, y verás adónde me ha conducido mi incesante afán, mi loco desvarío.

Pero veo que hoy me es imposible hacerte el relato de mis desventuras; al intentarlo mi mano tiembla. Mi corazón, destrozado por la violenta lucha que sostengo, se estremece al recordar lo pasado, y sus latidos me obligan á soltar la pluma.

Contéstame pronto, Julia; dime si me perdonas mi injusticia contigo, y si me concederás los consejos que antes rechacé y ahora con ansia solicito. Cuando tenga tu consentimiento te abriré mi corazón, y si tus juiciosas reflexiones logran sacarme de este infierno de dudas, te deberé más que la vida.

Julia mía, recibe la ternura de tu pobre

CAROLINA

V

Amiga mía: Gracias, gracias mil veces por tus cariñosas palabras, por tu generoso perdón. En medio de mis desventuras tu carta me ha llenado de placer; veo que eres feliz al lado de un honrado esposo y con el cuidado de un tierno ángel que el cielo te ha concedido.

¡Ah! ¿Por qué no he seguido tu camino? En él habrás encontrado espinas sin cuento; habrás sufrido, porque el camino de la virtud es muy áspero; mas ¿qué importa esto, si al fin has hallado la dicha y gozas inefable ventura? Yo he visto mis pasos cubiertos siempre de flores; he marchado por un sendero que me ofrecía delicias sin fin; pero á la mitad de

mi carrera he tropezado con agudos guijarros, que, ocultos entre las flores, eran más difíciles de evitar, y... he caído. Se abrió á mis pies un precipicio insondable; cegada por los placeres del gran mundo no lo vi, y me arrojé en su fondo.

Perdona, Julia, si divago siempre; en la situación en que me encuentro es natural; como todo el que sufre, sólo de mi sufrimiento sé hablar. Además, yo que era ligera me he vuelto reflexiva; la desgracia es una gran maestra, y tu carta me ha hecho meditar mucho. He comparado tu situación con la mía, y he comprendido toda la insensatez de mi voluble conducta.

Siempre buena y noble, me ofreces los consuelos de tu amistad; yo los acepto reconocida, y te ruego me guíes, tú que has sabido salvar los escollos de la vida, por este piélago inmenso que llamamos mundo, en el que he quedado sola y triste.

Mi mano tiembla al querer abrir el libro de mi corta, pero borrascosa vida; al intentar volver los ojos al ayer, tan lleno de recuerdos, de placer y de dolor; mas si al fin ha de ser, cuanto antes mejor. Dios me dará fuerzas.

Embriagada por los triunfos que en mis anteriores cartas te describí, cegada por mi omnímodo poder, me arrojé con alma y vida á las intrigas de la corte, á las rivalidades de salón, lo que me proporcionaba mil triunfos, porque siempre ganaba yo. No hubo joven que no cayera de rodillas á mis pies ofreciéndome

me su amor; no hubo ninguno que no oyera mis afectuosas frases primero, mis irónicas carcajadas después. Así, confiando á unos y desesperando á otros, haciéndoles ver un porvenir de ventura que luego destruía con una frase de glacial desdén, pasé mucho tiempo, pasé años, que fueron días para mí, entregada como estaba á mi extraña tarea de hacer la desgracia ajena.

Una noche de baile presentaron en nuestro elegante círculo á un joven distinguido, arrogante y rico. Venía de viajar por el extranjero, y la misma noche de su presentación aumentó el número de mis admiradores; yo me sentí orgullosa porque era una gran conquista.

Como con todos, coqueteé con él, y cual á los demás, lo desengañé en cuanto vi sus miradas suplicantes, en el instante en que lo tuve á mis pies loco de amor, ofreciéndome su vida y su nombre. Tenía curiosidad de ver qué hacía aquel hombre enérgico al ser despreciado; pero contra lo que yo esperaba, quedó sombrío y pensativo al principio, luego frío, indiferente.

Es verdad que al oír las frases de mi desdén sus ojos lanzaron un rayo tan feroz, que por primera vez de mi vida tuve miedo; mas esto pasó en seguida y se mostró tranquilo y sonriente, como si su amor hubiera sido una broma.

Lejos de huir de mí, como otros, ó de buscar la muerte, como alguno de sus antecesores, siguió tra-